**SE OFRECE INDULTO A BUSTAMANTE
POR MEDIO DE SU HERMANO**

BUSTAMANTE A SU HERMANO, EL LICENCIADO DON TOMÁS

ZACATLÁN, ENERO 28 DE 1813⁵⁵

Hermano mío: he visto con santa indignación tu carta; no conozco en ella la firma de un hermano por cuyas venas circula la misma sangre que por las mías; veo a un hombre miserable fascinado; veo a un amante de su vida a cuyo ídolo sacrifica su precaria y momentánea existencia, olvidándose del terrible juicio de la posteridad inexorable y de lo que debe a una patria esclavizada. Perezca yo antes que prestar mi cerviz al yugo de la servidumbre y besar la mano teñida en la sangre de mis conciudadanos que nos aqueja.

Yo he sido un español hombre de bien; yo he amado y amo a mis progenitores; yo he reconocido los derechos de la madre patria sobre este suelo; yo he procurado conservar en unión perpetua a los habitantes de ambos hemisferios; yo he predicado la paz, la benevolencia y armonía, y batido una medalla para perpetuar la memoria de esta unión; he tronado delante del solio español contra los que la turbaron, pidiendo justicia contra ellos; he representado que la América estaba próxima a romper las ataduras que la ligaban con la España, y que este grande y escandaloso rompimiento sólo podría evitarse castigando ejemplarmente a los motores de la discordia, y que ésta era una obligación de justicia del gobierno español.

⁵⁵ *Correo Americano del Sur*, XIX, jueves 1 de julio de 1813, p. 152.

El día 16 de julio de 1810 salió para España, de Veracruz, mi última representación por mano del señor don José Mariano de Almanza,⁵⁶ y el 16 de septiembre se oyó en el pueblo de Dolores el primer grito de la independencia; grito que ha resonado hasta los extremos de Yucatán, y que semejante a un terrible golpe de electricidad ha sacudido generosamente nuestros corazones; comenzó la revolución prevista de ante mano por mí y comencé a ver inundarse los campos en la sangre de mis conciudadanos, henchirse las cárceles de reos, de los que muchos no merecían este nombre, levantarse patíbulos y vibrar por todas partes la cuchilla del terror que segaba cabezas como la hoz troza la mies seca de los campos; vi profanar el santuario, menospreciar a sus ministros, violar sus inmunidades, y morir a los hijos del excelso como a los facinerosos; todo lo veía, y todo lo lloraba en el estrecho de mi aposento; nadie me vio obrar contra nuestros opresores, y esperaba del eterno que apiadándose de nuestros males y del cautiverio de nuestro joven rey lo restituyese al trono para que nos hiciese justicia; ni desvanecía mi esperanza el cotejo de nuestras débiles fuerzas en España con las prepotentes de Bonaparte, porque sé que el señor árbitro moderador de los imperios, que los da y los quita, según los designios inescrutables de su providencia, podría mover el corazón de Bonaparte y ser el instrumento de nuestra dicha, ya que lo había sido de nuestra corrección. En este conflicto aparece un rayo de luz, un rayo de esperanza, aparece la constitución española, y yo la veo como un remedio, como un bálsamo que podría enjugar nuestras heridas; la veo jurar al pie de los altares; comienzan los hombres a alegrarse, a esparcir sus ideas liberales, y comienza a decaer el partido de la revolución... Mas, ¡oh, dolor!, al cabo

⁵⁶ La parte final de la carta, desde este párrafo, fue publicada en *Correo Americano del Sur*, XX, jueves 8 de julio de 1813, p. 153-157.

de dos meses se suprime la santa libertad de la imprenta, se arresta al Pensador y se proyecta mi ruina; el pueblo me elige por uno de sus electores, y habiéndome expresado que su voluntad era que los regidores, compromisarios y demás ministros que debíamos elegir fuesen americanos (no por odio a los europeos, sino por una natural predilección a los nuestros, que nadie condenará), entiendo que el virrey trata de obligarnos por la fuerza a que eligiésemos lo menos la mitad de europeos. Ahora bien, ¿debería yo faltar a la voluntad de mis comitentes? ¿Debería yo ver con ánimo sereno que el virrey no quisiese admitir la visita de electores dejándonos burlados en la diputación, a donde nos congregamos? ¿Qué no se dignase recibir nuestro obsequio el día de su santo, desairando a la diputación de ocho miembros, saliéndose del solio, y recibiéndonos casi a la mitad de la sala, teniéndonos en pie como si fuésemos cocheros? ¿Qué se armasen las tropas y se intentase hacer fuego a mi buen pueblo porque celebró nuestra elección, regocijándose con la hechura de sus manos, así como Dios se complació con la fábrica de su mundo? ¿Podría yo ver con indiferencia salir atropellándose de México al benemérito e incomparable ministro don Jacobo de Villaurrutia, mi colega, sólo porque el pueblo le quitó las mulas del coche y condujo en triunfo a su casa, satisfecho de su sabiduría, de su incorruptibilidad, y de mil otras prendas que lo harán pasar a los ojos de nuestros descendientes por el Arístides de sus días?

Pero desentendámonos si es posible de estas consideraciones, y vamos a las principales.

Si soy buen español ¿no me armaré por obligación contra el que viola las leyes e intenta trastornar el trono de mi monarca? Es claro que sí, así lo manda la ley de partida que tú como letrado de mérito habrás registrado; ella dice “que debe armarse todo vasallo cuando entienda que alguno que

tiene voz de rey se levanta contra él... sin esperar su mandado, y de esta obligación no dispensa ni al monje ni a ninguna clase de personas"; y bien ¿no es armarse contra el rey violar las leyes que se acaban de jurar, y unas leyes de las cuales precisamente pende la pacificación de la América? ¿No debemos armarnos contra el que tasca este freno poderoso y atiza el fuego de nuestra desolación y discordia? ¡Ay, hermano mío!, créeme que con haber hecho observar la constitución jurada, si no se extingue, a lo menos se calma, en la mayor parte la revolución; pero el virrey ya no obra por la España que desconoce, ni por nosotros, a quienes destruye, obra por los comerciantes de Cádiz a quienes sirve y de quienes es un instrumento; obra en fin, por José Bonaparte, como podrás conocer por ese documento que te remito (es el *Ilustrador Americano* número 80) no digas que estas son patrañas, pues no es patraña lo demás que va expuesto y es notorio.

Estas razones que te expongo en globo, por reducirme a una carta, justifica mi conducta delante de Dios y de los hombres; si algún día por mi desgracia cayese en las garras de un Calleja, de un Cruz, de un Trujillo, o de otro infeliz instrumento de la tierra, moriré en un patíbulo; pero bajaré al sepulcro cubierto de honor a los ojos del Eterno y de los hombres honrados. Yo he entrado en esta revolución convencido de su justicia; quiero que la historia diga de mí lo que de Bruto dijo Cicerón: éste es el romano que se conjuró contra la tiranía, y nada tuvo que ver con la persona del tirano, sino en cuanto fue el agente de ella. He entrado, como decía el mismo Cicerón cuando partió al campo de Pompeyo, en un abismo de males con los ojos abiertos... hambre, sed, desnudez, muerte, males. Todos, venid, afligid a un desgraciado; pero vos, patria mía, objeto dulce de mi corazón, ¿qué no mereces? ¿Qué sacrificio bastará para que yo te satisfaga una pequeña parte de lo que te debo?

Hermano mío, me tienes insurgente, privado del dulce solaz de mi familia, sufriendo privaciones inexplicables, aterido de frío y puesto continuamente a un brasero de lumbre, quebrantado de salud por un temperamento penosísimo, sin ver al sol muchos días, pero desde aquí desafío a la tiranía, y desde este lugar hago justicia, hago respetar el orden, las leyes, las propiedades; socorro aún a los mismos europeos, y a la sazón en que recibo tu carta, acabo de auxiliar de mi bolsillo a un pobre soldado de Zamora; aquí he dado pasaporte a dos virtuosos gachupines, y todos ellos me merecen una compasión inexplicable; yo los miro como San Jerónimo a los judíos, pobres errantes, sin altar, sin sacerdotes, ni sacrificios, el cielo les abra los ojos y perdone a los que los redujeron a que derramasen nuestra sangre, y el mismo permita que no tiña yo mi espada en la de ningún hombre.

Si en esta situación me creyeses infeliz, yo te suplico que no me insultes con tus propuestas, ni aumentes mis pesares; serviré a ese señor cura que me recomiendas, menos en cuanto a que proteja a ese capitán ladrón por quien se interesa.

Te ama de corazón, tu hermano.-- Carlos María de Bustamante.